



## **CUENTOS DEL MUNDO**

---

**Cuentos de Colombia**

**Cuento de Ecuador**

**Cuento de Marruecos**

**Cuentos de la India**

**Cuento de Rumanía**

**Cuento de China**

**Textos inéditos:** Juego de palabras y banquete de los grandes

# Cuentos de Colombia

---

## Los caballos que no querían amo

**E**n una hacienda de caña había un caballo color melado, que a fuerza de trabajar y comer mal, mostraba las costillas y parecía que iba a desarmarse. Durante la semana cargaba caña y el domingo traía el mercado del pueblo. No conocía, pues, día de descanso. Por otra parte, las moscas no le dejaban punto de reposo, revoloteando alrededor de las mataduras que tenía en el lomo. ¿Comida? Apenas la poca yerba que encontraba en el potrero. Sintiéndose viejo y enfermo pensó que muy pronto lo matarían para aprovechar su piel. Había sido resignado, pero no hasta el punto de dejarse matar después de tanto sufrir. Resolvió huir de la hacienda en busca de mejores aires. Como lo pensó lo hizo. Al amanecer salió al camino y se dirigió al pueblo; no se le ocurrió irse al monte porque estaba seguro de que por allá irían a buscarlo, mientras que a ninguno se le ocurriría que estaba en la ciudad. Era malicioso el viejo caballo. Iba medroso porque creía encontrar enemigos en todas partes.

Al pasar por la hacienda vecina salió un perro conocido suyo. -Ahora, éste va a contar que me vio y estoy perdido- se dijo para sí. Resolvió hablarle con franqueza y contarle que se iba, aburrido de soportar a sus amos. El amigo le concedió la razón y le prometió guardar secreto. Camino adelante, las moscas empezaron a atormentarlo volando alrededor de sus heridas, que se habían irritado con el calor. -No puedo seguir con este sol tan fuerte- y se internó en el monte vecino; se echó sobre la yerba. ¡Qué gusto! ¡Cómo se sentía de libre! Se revolcó gozoso y dio grandes relinchos. Cuando refrescó la tarde siguió su camino y anduvo gran parte de la noche. Ya iba por campos desconocidos para él, que nunca había salido de los límites del pueblo. Se sintió trotamundos y se culpó de haber permanecido tanto tiempo en la finca; sólo ahora sabía lo que era vivir. ¡Qué pastos tan fértiles y tiernos! ¡Qué arroyos más frescos! Había casas a lado y lado del camino y se encontraba a cada paso con otras bestias que lo saludaban con un alegre ¡adiós, camarada! Era todo tan agradable y tan fácil. Ya no le dolían las heridas y hasta las moscas

escaseaban cerca de él. Avanzada la noche entró por un potrero hasta cerca de una casa, cuando oyó que varios caballos conversaban en un pesebre y se acercó. Se quejaba uno del mal trato que le daba su amo haciéndole trotar todo el día sin descanso. "Melado", entonces, le propuso que se fueran juntos y, el otro, ni corto ni perezoso, aceptó. Ya eran dos e iban felices relatándose sus quebrantos.

Servían hoy a un labriego, mañana transportaban leña, al otro día caminaban; así iban ganando el sustento y adelantaban camino. Hicieron valiosas relaciones y aprendieron cosas útiles. Primero se hicieron amigos de un caballo de carreras que los invitó a la pista para que lo vieran correr. Los dos caballos campesinos estaban deslumbrados; jamás habían visto tanta gente reunida, ni caballos tan enjaezados y que corrieran tan aprisa. Pero se alejaron desengañosos al comprender la envidia y la rivalidad que existía entre esos caballos; las gentes los habían dañado prodigándoles elogios.

En un pueblo donde pernoctaron, trabaron amistad con una pareja de yeguas de tiro que arrastraban el coche de una anciana señora. Eran blancas, gordas, con crines cuidadas y muy presumidas ellas. Parados al borde del camino las vieron al día siguiente uncidas a su vara, erguidas y solemnes. No; tampoco aquella vida era envidiable por más que las mimaran. Siguieron adelante. En un recodo se pararon en seco; entre la cuneta había un pobre caballo que no podía valerse; los generosos amigos lo ayudaron a salir y él les dijo que su amo lo había abandonado por inútil. Si el amo cruel hubiera entendido el lenguaje de los caballos habría huido horrorizado al saber lo que de él decían. Siguieron marchando más despacio para que el enfermo pudiera seguirlos. Como ya eran tres, resolvieron ponerse un nombre, repartir el trabajo y ayudarse mutuamente. "Melado" escogió para su primer compañero el nombre "Amigo" y el de "Infortunado" para el último llegado. Fue "Melado" el jefe natural porque era el más recorrido e inteligente. "Amigo" le ayudaría en todo y sería como su secretario. El "Infortunado" no tendría que hacer por el momento sino reponerse. Corrieron los días y los tres compañeros fueron por regiones montañosas de donde descendían grandes corrientes de agua; pasaron ante socavones por cuyos agujeros salían hombres tiznados; vieron las dragas en las minas de aluvión: se pararon muchas veces mientras pasaba el ferrocarril y siempre se les volvía cosa de maravilla que aquél corriera tanto sin necesidad de caballos; caminaron por la orilla de un gran río y vieron deslizarse por él barcos inmensos; fueron luego por entre maizales verdes, por

sembrados de caña, por platanales extensos; pasaron más tarde por pastales altísimos, llenos de novillos. Estaban embriagados de dicha, cada vez querían conocer más. Oyeron nombres de ríos, de ciudades y de regiones. "Melado" amaba las montañas porque en ellas había nacido y trepaba ágilmente pero sus dos compañeros se decidían por los valles, sus años y sus enfermedades no les permitían subir con la misma agilidad.

Asistieron, escondidos en el monte, a una cacería de venado y llegaron a interesarse tanto que casi se delatan con sus relinchos.

Pero todo va cansando y "Amigo" fue el primero en manifestar que quería radicarse en algún sitio. –Tendrás que tomar dueño, –le dijo "Melado"–. ¡Eso nunca!– contestó el caballo. –Entonces: ¿cómo piensas vivir?

– ¡Libre!

– ¡¿Crees que si el hombre te ve suelto y sin dueño te va a durar la libertad?

– Entonces, ¡huiré!

– Pues tendrás que vivir huyendo, porque el hombre es igual en todas partes.

"Infortunado", que estaba oyendo, intervino:

– Ambos tienen razón: es bueno tener casa, comida y sitio fijos, pero es tremendo tener amo. Podríamos buscar un refugio a donde el hombre no llegue.

– ¿A dónde el hombre no llegue? Y qué lejos debe estar ese lugar –repuso "Melado".

– Pero debe existir –dijo "Amigo"–. Vamos a buscarlo.

Reanudaron la marcha. El hombre estaba en todas partes; ya era el hacendado, el vaquero, el médico, el leñador o el militar. No había camino por donde pudieran ir tranquilos, monte donde estuvieran seguros o poblado donde pudieran descansar. Sentían siempre que el hombre estaba cerca. Al fin divisaron la selva y creyeron que habían llegado al término de su viaje, cuando les salió al encuentro una yegua que huía.

– De dónde vienes? –le preguntaron.

– De la selva; allí hay unos colonos y me maltrataban tanto que tuve que escapar.

– Se miraron desconsolados.

– ¿A dónde ir, pues?

– Yo sé a dónde –dijo la recién llegada–. ¡Sígueme!

Trotaron felices detrás de ella presintiendo la cercanía de un llano, rico en pastos, con grandes ríos y lejos de los hombres. Al fin de varias jornadas se presentó a sus ojos un gran arenal; era el desierto.

– Hemos llegado –dijo la yegua.

– Pero aquí no podremos vivir –exclamó "Amigo"–, no hay agua ni yerba.

– Además –agregó "Melado"– hace un calor insoportable y no veo un árbol que nos dé abrigo.

- Aquí no hay vida, todo está muerto, repuso "Infortunado".

– Pues es el único sitio en donde no vive el hombre –dijo la yegua.

Los cuatro amigos se declararon derrotados y se echaron en el límite del campo a esperar la llegada de un amo.

## La comadreja y la familia Armadillo

**E**l papá armadillo era campesino y muy tímido; jamás había bajado al pueblo; pero, ¿para qué quería él recorrer mundo cuando tenía una cueva tan bonita debajo de las raíces de una ceiba, tapizada con musgo y tan espaciosa que a no ser por la falta de luz, se hubiera creído un palacio? La familia vivía holgada y doña Armadilla, en compañía de sus hijas Armadilla–Melada y Armadillita–Gris, había hermoseado la cueva con flores, festones y plumas recogidos en el monte. Todo era paz en aquella casita hasta el día en que al otro lado del árbol vino a vivir la Comadreja.

A poco llegó de visita a casa de la familia y con muchas zalemas empezó a alabar el orden, el aseo y el buen gusto de la señora; a los armadillos les dijo que eran primorosos, que la concha que tenían en el lomo debía ser de Carey cuando menos, según era de fina, que eran, además, los niños más bien educados que ella conocía. La mamá halagada, la invitó a almorzar, y por la tarde a dar un paseo. Desde entonces, la entremetida Comadreja no dejó a la familia ni a sol ni a sombra.

– Que haga el favor de prestarme un poco de sal; que su cedazo para cernir la guayaba; que un asiento para una visita que me llega; que Armadillita–Gris para que me traiga un poco de agua. A estas molestias continuas se agregaron los chismes.

– Estoy furiosa –decía la hipócrita– porque la Coneja dijo que ustedes son unos orgullosos. La Zorra dice que le dijeron que don Armadillo es un vago y así, todos los días.

La casa se volvió un infierno y ya el papá no iba sino a horas de comida; los niños se salían a corretear mientras mamá recibía la visita de la vecina y Armadilla–Melada aprovechaba para ir a la huerta a conversar con Armadillo–Negro, su novio. La señora Armadilla estaba desesperada y no encontraba medio de salir de su importuna amiga.

La familia tuvo una junta para idear el medio de salir de la chismosa. Después de muchas cavilaciones, el Armadillo más pequeño, como quien dice el nene de la casa y a quien la Comadreja molestaba más con sus recados, dijo:

– Como al único animal que teme la Comadreja es al perro cazador, propongo que consigamos alguno que venga a vivir unos días con nosotros.

– ¡Magnífica idea! –repuso papá–; pero ¿dónde conseguirlo?

– Eso es cosa mía –contestó el avisado Armadillito- y salió corriendo hasta la cueva de un conejo amigo y le dijo:

– Necesito que me pongas en relaciones con un perro cazador.

– Tú sabes –replicó el otro– que no cultivo relaciones con gentes de esa clase. Desde hace muchos siglos la familia de los conejos y la de los perros son enemigas; pero como quiero prestarte ayuda, le hablaré a una lora amiga para que ella te consiga lo que desees.

La Lora y Armadillo se dirigieron a una hacienda de caña; cerca al trapiche estaba echada una perra amarilla; la Lora trepó a un árbol y empezó a decir:

- Amita doña Perra: si usted fuera tan amable y se acercara un momento, pues tengo grandes deseos de saludarla y de paso tratarle un negocio. La Lora era muy fina para hablar porque era sabia y vieja. La Perra dio un salto y Armadillito, que no las tenía todas consigo, se escondió entre su concha; la Perra se acercó ladrando:

– ¡Hola! amiga Lorita; ¿cómo estás? ¿En qué puedo servirte?

Ésta, como buena charlatana que era, le echó de una vez todo el cuento de la Comadreja y el favor que le pedían los Armadillos. La Perra pidió tiempo para reflexionar y a fin de estar más cómoda se sentó en un banquito que halló cerca y que no era otra cosa que la concha del Armadillo; éste más muerto que vivo, no se atrevió a hacer ni un movimiento. Después de breves instantes la Perra expuso las condiciones en que aceptaba la propuesta:

- Yo voy a la casa de la familia Armadillo durante ocho días y me comprometo a sacar de en medio a la Comadreja, pero que papá Armadillo me garantice un hueso al día y buena cama.

La Lora empezó a llamar a voces al Armadillito, pero éste no podía contestar

porque la Perra estaba sentada encima de él y se moría de miedo. Al fin se atrevió y desde el fondo de su concha gritó: "¡Acepto!". La Perra dio un brinco tremendo cuando oyó que su asiento hablaba. Rió la Lora sin parar y explicó lo que pasaba; salió el Armadillo y convinieron el trato. Volvió entonces a la casa y anunció para el día siguiente la llegada del huésped. Papá salió temprano y volvió con un apetitoso hueso; al pasar por la ventana de doña Comadreja, ésta lo atajó diciéndole:

– ¡Ay!, don Armadillo; qué hueso más delicioso; hoy como que hay banquete en su casa, ¿no convida?

– Por supuesto, señorita –contestó el malicioso viejo–, queda invitada.

– Muchas gracias. No faltaré.

Llegó muy peripuesta con cinta en la cabeza y gafas de oro. Estaban tomando la sopa cuando golpearon a la puerta. Armadillito fue presuroso a abrir y abrazando a la Perra que llegaba, exclamó:

– ¡Mi querida maestra! Cuánto tiempo sin verla; qué gusto nos da viniendo a casa; ¿se quedará algunos días con nosotros, verdad?

– Ya lo creo, queridito, estuve mala y el médico me aconsejó los aires de la montaña y pensé que con nadie mejor que con ustedes podría estar, y aquí me tienen.

La Comadreja paraba las orejas para no perder palabra del diálogo; cuando apareció la Perra, por poco se desmaya: se le cayeron las gafas y le temblaba el lazo de cinta.

La Perra fue acogida con grandes muestras de afecto e invitada a almorzar. Ella que se sienta y la Comadreja que se levanta.

– Ustedes van a perdonar que me retire, pero recuerdo en este momento que me llega un pariente. Pero sigan, tengan la bondad. Nadie se levante, no faltaba más, que pasen feliz día –y salió disparada.

Después de almorzar fueron todos a dar un paseo menos mamá que tenía que lavar la vajilla. Vino entonces la Comadreja llorando a lágrima viva y ma-

nifestó que tenía que irse al pueblo vecino porque había recibido noticia de que su abuela estaba gravemente enferma, y se marchó corriendo.

# Cuento de Ecuador

---

## Introducción

*Los animales viven en la tierra, ellos comen lo que ella produce, ella como madre alimenta y cuida a todo ser viviente.*

*Los animales son hijos de la tierra y el hombre es el hijo mayor que los cuida y se alimenta de ellos. Los animales tienen madre por eso no debemos burlarnos de los animales que se cazan, porque sus espíritus se enfadan.*

*Cuando vamos a la cacería traemos lo necesario para la alimentación, compartimos en familia, no desperdiciamos ni cazamos los que están para engendrar nuevas vidas, ni los pequeños que aún no han desarrollado.*

---

## El sapo Gota

Cuentan que hace muchos años vivía un hombre. En su misma casa vivía también su suegra. Este hombre era un gran cazador y cada vez que salía a la selva mataba muchos animales. Cuando regresaba a su casa, su suegra le decía:

- Tengo hambre yerno, ¡Por favor, dame de comer!

Él respondía:

- No he cazado nada.

Este hombre era muy mezquino. Al regreso de sus cacerías ocultaba la carne en la selva y, cuando su suegra se dormía, se levantaba y comía hasta hartarse.

Sucedió que un día, yendo por el monte se encontró con un gran venado y lo mató. Se lo echó al hombro y, al llegar a casa, lo escondió para comérselo esa noche. Su suegra le dijo:

- Yerno, dame de comer, me muero de hambre.

- No he cazado nada, se enfadó el hombre. Pero esa misma noche se levantó y comió el venado, Al amanecer sintió fuertes dolores de vientre y poco después murió.

Este hombre fue castigado por su mezquindad y se convirtió en sapo. Ahora vive en los huecos de los árboles y canta en las noches de verano para que todos se acuerden:

- ¡Gota...gota...masha...masha...! (yerno, yerno, en quichua)

**Fuente: La tierra para los Napo/Runas.  
Temas de reflexión: Conferencia Episcopal Ecuatoriana.**

# Cuento de Marruecos

---

## El cuento de Tamuda

**H**abía una vez un hombre que tenía 7 hijas. Un día este hombre decidió realizar la peregrinación a la Meca, la ciudad santa de Arabia Saudita, pero no tenía a nadie que cuidara de sus hijas mientras él no estuviera. Por eso, pensó en construir una casa más grande, con puertas y ventanas de hierro y comprar todo lo que las hijas iban a necesitar durante este tiempo: comida, bebida, vestidos, etc. Y entonces se marchó.

Cuando habían pasado dos meses, una de las chicas tuvo ganas de comer cúsus con pollo, pero como en la casa no había ningún hombre para matar al animal, salió a la calle a buscarlo.

Delante de la casa vivía una mujer vieja y mala que tenía un hijo poco agradado. El hijo tenía envidia a las jóvenes y las odiaba porque eran bonitas y ricas.

La mujer mala vio que una de las chicas estaba buscando un hombre, la siguió y se presentó. Le dijo que era una vecina y que podía confiar en ella y en su hijo. Y así fue como su hijo mató el pollo y la mujer entró a la casa de las jóvenes para preparar el cúsus. La mujer mala puso veneno en el cúsus, pero la hija más pequeña no comió. Después de un rato las seis jóvenes murieron y la pequeña simuló estar muerta para que la mujer y su hijo no se dieran cuenta que estaba viva. La mujer mala y su hijo se pusieron muy contentos porque se iban a quedar con la casa y el dinero de las jóvenes.

A la mañana siguiente, la mujer mala se despertó y cuando fue a contar a las jóvenes se dio cuenta de que faltaba una. La mujer se enojó mucho y se fue a buscar a su hijo. La pobre niña se había escapado.

Por el camino encontró una cabaña donde vivía una viejita que hilaba lana y le pidió que la dejara esconderse allí. La viejita se lo permitió un día pero después la echó porque ella también tenía miedo de la mujer mala y de su

hijo. A la mañana siguiente la pobre joven empezó a andar. Por el camino se encontró a un carpintero a quien explicó la historia de la mujer mala y de su hijo. El carpintero se compadeció de la joven y preparó un vestido de madera para que la mujer mala no la reconociera. La chica se marchó lejos con aquel vestido que era muy pesado y, cada vez que se encontraba con alguno le decían “Tamuda” y le daban empujones. Y así fue como todos terminaron llamándola “Tamuda”.

Finalmente, un día, la joven llegó a un bosque con muchos árboles, flores y un lago. Era un lugar muy bonito. Aún no había nadie, solamente una manada de vacas que vieron a la joven, se quedaron sorprendidas contemplando su belleza. Ella les explicó su historia y las vacas sintieron mucha pena y dejaron de comer. El dueño de la manada que era un hombre muy rico y noble, observó que las vacas estaban adelgazando y preguntó al pastor cual era el motivo. Pero el pastor no lo sabía. Entonces el dueño decidió mirar de lejos a la manada. El hombre vio a la bonita joven que explicaba su desgracia a las vacas, se acercó y le preguntó si era una mujer o un hada. La joven le respondió que era una mujer y le explicó su historia. El honorable señor quedó muy afectado por el relato y se emocionó tanto que se la llevó a su palacio, mandó a buscar al padre de la chica y ordenó encarcelar a la mujer mala y a su hijo. Y, finalmente la joven y el señor noble se casaron y así acabó la historia.

# Cuentos de la India

---

## El ladrón policía

**E**n un pueblo de la India había un hábil ladrón que robaba en todas las casa y jamás podía ser sorprendido. Era un verdadero experto. La gente de la localidad, desmoralizada, se reunió con el alcalde y le pidió que nombrase un policía, ya que no había ninguno en el pueblo y así el ladrón lograba actuar a su aire y sin ningún riesgo. El alcalde, comprendiendo el desánimo de las gentes del lugar, entregó un bando solicitando personas que se presentaran al puesto de policía. Solamente se presentó un candidato. Se trataba del ladrón y fue elegido policía.

---

## Los ciegos y el elefante

**H**abía un maharajá que mandó reunir a todos los ciegos que había en Sabathi y pidió que los pusieran ante un elefante y que contasen, al ir tocando al elefante, qué les parecía. Unos dijeron, tras tocar la cabeza: "un elefante se parece a un cacharro"; los que tocaron la oreja, aseguraron: "se parece a un cesto"; los que tocaron el colmillo: "es como una reja de arado"; los que palparon el cuerpo: "es un granero". Y así, cada uno convencido de lo que decía, comenzaron a discutir entre ellos.

El Buda hizo una pausa y rompió el silencio diciendo:

- ¿Quién tiene la verdad?

# Cuento de Rumanía

---

## Una cabeza a pájaros

¿Cómo es posible que nunca hayáis oído hablar de Pedro Petrov? ¿Qué no sabéis quién es? ¡Pero si vivió en esta aldea! ¡Pedro Petrov es el más famoso flautista, no sólo de la inacabable estepa Rusa, sino del mundo entero!

Así hablaba el viejo Ivan Ivanovich a los niños de su aldea, entreteniéndolos tanto que hacía manar el silencio como una fuente cuando contaba sus viejas historias con aroma de pan. Y mientras lo hacía, iba abriendo el portalón de su memoria y movía sus manos largas, huesudas y expresivas, subrayando así su relato. El tiempo había trabajado en su cara. De sus ojos azules salía una luz lejana, que venía de dentro e iluminaba así sus pensamientos.

Pues veréis, hace ya algunos años, cuando los árboles se abrían ya a los primeros rayos de la primavera; cuando la nieve iba resbalando, remolona, por nuestros tejados acompañada por el humo azul de las chimeneas; cuando el cielo huía ya del invierno y se levantaba en el aire una canción mañanera, Pedro Petrov, acurrucado, dormía hecho un ovillo en su viejita y raquítica manta, mientras cuidaba un rebaño de ovejas.

Pedro era un niño como vosotros al que le gustaban mis historias. Larguirucho, de ojos vivos y pelo rizado, muy muy rizado, muy muy brillante y muy muy negro. A Pedro le gustaba soñar. Uno de sus sueños favoritos era tener algún día un gorro de cosaco, ya sabéis, esos gorros hechos de piel de astracán.

Tengo la solución –se dijo Pedro un día-. Mientras no tenga suficiente dinero ahorrado para comprarme el gorro de cosaco, me recortaré el pelo como lo hacen con el seto de boj de la casa de Natacha.

Efectivamente, Pedro recortó mucho el pelo de su nuca y dejó sin cortar el de la parte superior de la cabeza, de tal manera que, como lo tenía tan rizado, se

le sujetaba hacia arriba y daba el aspecto de un gorro de cosaco. Incluso hundió un poquito hacia dentro la parte superior, como los gorros de verdad.

Pedro estaba orgulloso de su corte de pelo, resultaba un gorro de cosaco muy cómodo, no tenía que quitárselo ni para dormir.

Y como os iba diciendo, Pedro dormía ese día en que comenzaba la primavera cuando....

- Aquí, éste es un sitio perfecto, de aquí no me muevo –comentó la señora Jilguero.

- ¿No te parece un poco grande?, -contestó el señor jilguero.

- ¡No, no qué va!, además ya tenemos hecho el hueco. ¡HUY! Verás qué mulledito y caliente está. Lo siento marido mío, pero yo no doy un vuelo más. Estoy cansadísima y dentro de nada tendré que poner los huevos para que nazcan nuestros pequeños.

- ¡Pues hemos tenido mucha suerte! ¡Mira que encontrarnos el nido ya hecho! ¡después de tanto buscar!

La risa, la charla y la alegría de los jilgueros despertaron a Pedro y con su música acariciaron el silencio roto.

El sol tenía pereza de salir de sus sábanas, era como si tuviese frío o sueño, y brillaba poco todavía. Las flores sonreían y los árboles se asomaban para mirar y curiosear. A Pedro se le habían quedado las piernas y los pies un poco entumecidos por el frío, era como si tuviesen burbujitas por dentro. Pedro se levantó y dio unos saltitos para reaccionar y estiró sus brazos tanto que parecían de goma.

- ¡Qué raro! No se nota el viento y sin embargo se está moviendo nuestra casa, -comentó la señora jilguero.

- ¡Es que esto no es un árbol!, -gritó un poco asustando el señor jilguero.

- ¡Pues yo ya te he dicho que no puedo más y no pienso moverme de aquí!, -dijo un poco enfadada la señora jilguero.

No sé porqué hoy siento tan cerca los trinos de los pájaros, -pensó Pedro al mismo tiempo que se echaba una mano a la cabeza. ¡Y tan cerca! ¡Cómo que los tengo encima de mi cabeza! Pobrecillos, les debió gustar mi gorro. Pues que se queden, será una buena compañía y, además, parecen asustados.

Pedro soltó unos silbidos para tranquilizarlos y los jilgueros contestaron tímidamente. A partir de entonces, Pedro empezó a silbar durante todo el día. Y, pasito a pasito, lo hacía cada vez mejor, de tal forma que no era fácil distinguir entre los trinos de los jilgueros y los silbidos de Pedro.

- Pedro , ve al pozo a buscar agua, –le mandaban.
- Fiuuu, fiuu, fiufiufiufiuuuu, contestaba Pedro.
- Pedro , corta esta leña.
- Piririrpiriri, piririruuuu, contestaba de nuevo.
- Pedro, guarda el rebaño.
- Siiiiiuuuu, siiiuuiuiu, siuuuuu, volvía a contestar.
- ¿Pero no puedes hablar y contestar como una persona normal! Con tanta musiquilla nos vas a volver locos a todos. ¡ESTE NIÑO TIENE LA CABEZA A PÁJAROS!

Pues sí, la tenía, y muy llena por cierto, porque la señora jilguero cuidaba ya de sus cuatro retoños. Pero aquello era un secreto y nadie sabía que Pedro tenía pájaros de verdad en la cabeza y que eran, precisamente éstos, los que le enseñaban a tocar la flauta.

Así, poco a poco, Pedro un día talló una flauta y después otra y otra mientras tocaba y tocaba melodías que llenaban el aire.

- ¡Pedro, trae el agua!
- Pedro, ve a por leña!
- Pedro, sal con el rebaño!

Y Pedro cada día más distraído, se olvidaba de los trabajos que se le encomendaban. Lo único que hacía era tocar y tocar la flauta.

- ¡Pedro, eres un desastre! –le decía todo el mundo-. Siempre con esa flauta y tanta musiquilla, no te enteras de nada de lo que se te ordena. ¡Pedro, así nunca aprenderás nada! ¿Pedro! ¿A dónde piensas llegar con ese flautín? ¡TIENES LA CABEZA A PÁJAROS!

A Pedro no le importaba, era tan feliz con la flauta que ahora sólo le interesaba la música que le enseñaban sus amigos los jilgueros. Por las noches, Pe-

dro seguía soñando. Las nanas que la señora jilguero cantaba a sus pequeños, arrullaban también a Pedro que, empapado en sueños, se veía con su gorro de cosaco y tocando la flauta por todo el mundo.

Y esto es lo que sucedió, pues como ya os dije al principio de mi historia, Pedro Petrov es el flautista más famoso del mundo. Como habéis visto, Pedro no era ningún desastre, sino simplemente tenía unos gustos diferentes a los de su casa.

Así hablaba Ivan Ivanovich a los niños, con su voz ronca y oscura, mientras le iban saltando recuerdos, de pronto, como un regalo. Era como volverse a encontrar con algo que había perdido y que, en el reencuentro, brillaba aún más que cuando lo había tenido.

- ¡Pedro, cabeza a pájaros!, -susurró Ivan mientras sonreía y sentía que algo le apretaba muy dentro.

# Cuento de China

---

*Un cuento de la minoría Lisu, que vive en la provincia de Yunnan*

## La queja de la Diosa del Arroz

**A**ntiguamente, Eshabamo esparcía el arroz desde el cielo a la tierra. Los hombres así continuamente comían arroz y, cuando se lo acababan, del cielo volvía a caer más arroz. Como quiera que el arroz llegaba de forma tan fácil, los hombres poco a poco dejaron de apreciarlo; hubo algunos que lo usaban para alimentar a los cerdos y a los pollos y, como aún sobraba, entonces lo desperdiciaban o lo pisoteaban hasta dejarlo podrido como un lodo. No tenían ningún sentimiento.

Hubo una familia en que la madre tuvo un hijo, y le gustaba andar con él de un lado para otro, habiéndole acostumbrado a que hiciera sus necesidades sobre el arroz. Un día la suegra, al verlo, se sintió dolorida, diciendo a su nuera: “El arroz es para que coman los hombres, no tienes que poner al niño a hacer sus necesidades sobre él”. La nuera contestó: “Tanto arroz, ¿acaso puedes comerlo todo?”. La anciana le respondió: “Aunque no se coma no se debe estropear. Si se estropea mucho alimento, se puede sufrir la ira de los dioses”.

En el momento en que las dos mujeres estaban discutiendo más acaloradas, la Diosa del Arroz pasó por allí. Se quedó mirándolas y enseguida se dio cuenta que la anciana tenía un buen corazón, mientras que la nuera estaba llena de maldad. Por lo tanto subió al cielo, y se quejó ante el Administrador del Cielo: “Nosotros no aguantamos que el hombre se comporte de forma tan malvada. Ruego al Administrador que deje de echar arroz a los hombres”. El Administrador le preguntó: “¿Qué delitos cometieron en concreto?”. La Diosa del Arroz contestó: “Ellos hierven el arroz o lo cuecen, pero como no pueden comerlo todo lo tiran por todas partes, hay gente que lo pisa, o algunos se orinan o defecan sobre él”. El Administrador, al escucharla, no pensó que el hombre de este mundo pudiera ser tan malvado. La Diosa del Arroz, que seguía muy excitada, le dijo: “La Diosa del Arroz se queja de los hombres, en

realidad es un asunto muy grave, por lo que quiero que bajes a investigar si lo que dice es cierto o no. Si ves que es cierto ese hecho, mata a esa mujer; si lo que dice es falso, cuando vuelvas al cielo mata a la Diosa del Arroz”.

El Dios del Trueno bajó a investigar y se dio cuenta de que en el mundo se estropeaba el arroz por todas partes, algunos con comportamientos aún más infames de los que la Diosa del Arroz había denunciado; entonces mató a esa nuera y volvió al cielo a informar del resultado de su tarea. El Administrador del Cielo estuvo pensando durante un tiempo, luego dijo a la Diosa del Arroz: “A partir de hoy, dejaré de tirarles arroz; sólo dejaré en el mundo unas cuantas semillas para que ellos puedan ir a sembrarlas. Voy a hacer que el arroz madure con las lluvias de verano o las nieves del invierno, y así les ayudaré. Dejaremos que los hombres laboriosos planten el arroz por sí mismos y puedan alimentarse, mientras que los vagos sufran hambre y su malvado corazón sufra el azote del trueno”.

Después, los hombres buenos y laboriosos de este mundo, tuvieron para comer; mientras que los vagos sintieron el hambre en sus tripas, sufriendo de esta forma el castigo que merecían.

## En la serie de TEXTOS INÉDITOS

---

*Una historia contada por Amina Sow Mbaye*

### Juego de palabras y banquete de los grandes

**E**l banquete ofrecido por el Gobernador Civil había sido de lo más copioso e imaginábamos sin problema como iba a ser el festín organizado por el Señor Ministro en la casa-madre la víspera de Navidad: mesas ricamente surtidas de pollos asados bien dorados, corderos enteros, palomas estofadas, conejos en brocheta, leones.... no, perdón, sin leones porque en nuestro país todos los leones están rojos de cólera; y además, si les matamos, ellos dejan de rugir el *mbarawacc* de los héroes.... ¡Adiós entonces querida carne de león!... Sin embargo, el día mencionado, los jardines de palacio bullían de un mundo abigarrado, cosmopolita y cosmopolítico, de hombres y mujeres con todos sus adornos. Los funcionarios, escritores, oficiales e intelectuales con sus mejores galas, allí cosían un monseñor con un traje blanco, imanes con largas chilabas almidonadas y los criados de los días importantes, mujeres de verde, mujeres de amarillo, mujeres de rojo y otras de verde-amarillo-rojo simbolizando una nación en marcha.

Algunos tienen en sus bolsos o bajo sus chilabas unas bolsas de plástico donde luego meterán, en secreto, dulces, piernas de cordero y pollos enteros para la familia.

Las carcajadas, las bromas, los cotilleos forman un gran *tohu-bohu*. Se ríe, se juzga; los unos están allí para que se les vea, los otros para rogar al Señor Ministro que cumpla una vieja promesa o simplemente para pedir una ayuda para la construcción o la finalización del tejado de una casa de la que desconocen la ubicación.

A las nueve empezamos a preocuparnos: ni rastro de mesas, de manteles bordados, ni mayordomos en librea, ni siquiera el aroma envolvente de nuestros buenos platos. Hablamos más bajito, luego nada; miramos los relojes, los

ojos profundos, los vientres hundidos; dejamos de movernos y el lugar se convierte en un jardín de espectros.

A las diez, por fin, un criado percibe una silueta bien conocida, toca el tam-tam escondido bajo su chilaba, bajo su axila, y anuncia la llegada del presidente. Nos enderezamos, colocamos bien las corbatas, quitamos las arrugas del traje y se hace el silencio.

El Señor Presidente está enfadado, pero él no lo muestra delante de este “jardín de panteones de nuestra civilización”: todos son africanos, sus hermanos, sus “más que hermanos”. Entonces el presidente dice con una voz inaudible pero retransmitida y amplificada por el portavoz:

- Mbooloomi, el presidente os saluda.

El jefe de protocolo susurra dos palabras al oído del presidente y la faz presidencial se relaja; tose y él continúa:

- ...el presidente se excusa de no haberos liberado a tiempo
- ...tras informarse, él os anuncia que es en la casa de su madre y no en la casa-madre donde el Ministro, en campaña electoral, ofrece una cena
- ...él no os retiene aquí más, os agradece haber venido y os desea feliz Navidad y buen provecho!!

¡Ah!... estos dactilógrafos con sus faltas de tacto, sus perlas, sus palabras y sus prisas....

Así todo este pequeño grupo se pone en movimiento, la risa amarilla o la sonrisa gris-pimienta se dirige a la casa del Ministro. Las aceras se llenan de juramentos. Algunos olvidan de llevar a su amigo en coche, otros se dan cuenta de lo que cuesta hablar a un ministro, y aquéllos que no se resisten a volver a casa con el saco vacío porque ello significaría: ¡adiós piernas de cordero, pollo y pasteles!...

¡Pero ya es demasiado tarde! Cuando ellos llegan, el anfitrión disgustado y enfadado ha distribuido ya toda la comida a los pobres, ha cerrado las puertas, apagado las lámparas y regresado a su residencia. Ante la casa cerrada y hundida en la oscuridad total, podemos discernir un cuadro desolador de espaldas encorvadas, de vientres vacíos, de ojos profundos y rojos; un cortejo

sin motivación que lentamente se retira gruñendo, jurando, murmurando y susurrando. Sólo el Monseñor y los escritores, aunque estén también decepcionados, son en definitiva los invitados con más suerte puesto que, a falta de cordero, los últimos llenaran sus sacos (ellos también tenían) de buenos temas para cuentos, y para el primero, afortunadamente, la misa de medianoche precede los pavos trufados.